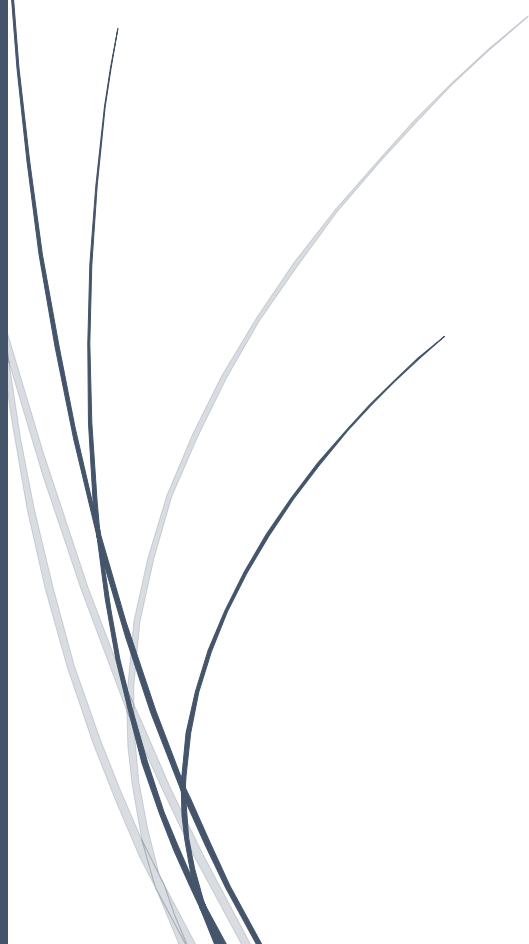


TÍTULO: El adelantado de Bujalance
SEUDÓNIMO: El argonauta Perico
CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



EL ADELANTADO DE BUJALANCE

1. Introducción

El doce de enero de 1715 llegó a Bujalance Don Gonzalo Zalazar Jiménez. Venía acompañado por dos criados de tez cetrina y pelo muy negro y lacio. Fueron esos dos sirvientes los primeros indios que los bujalanceños habían visto hasta entonces.

Se alojaron en la posada que había en la calle actualmente llamada Poeta Mario López y entonces Tobosos. La posada no tenía nombre propio, era La Posada, porque no había otra en el pueblo. Además de las personas allí se alojaban también sus caballerías.

De inmediato, Don Gonzalo se dio a conocer a las autoridades y a la gente de bien, es decir, los ricos del pueblo.

En esta primera visita estuvo un mes y le dio tiempo para comprar por una buena suma en oro del de morder una casa señorial sita en la calle Fernando Notario.

La casa había pertenecido a una distinguida familia que se había extinguido por falta de descendientes directos. El propietario en esa fecha era un solterón medio ciruelo y de costumbres atrabiliarias, sobrino segundo del último miembro de la extinta familia.

La mansión, a pesar de llevar años cerrada, se conservaba muy bien, incluido su sólido y austero mobiliario.

Don Gonzalo contrató el personal necesario para que le dejaran la casa en condiciones para habitarla con comodidad, pagando de nuevo en oro y plata sonantes.

Hablando de oro, nadie había visto aquí manejar y lucir tanto, acuñado y en joyas. Llamaban la atención en él tres tumbagas gordas, una con una piedra verde, otra con una piedra roja y la tercera de sello solo de oro. A esto se le añadía una cadena también de oro que pesaría cuarto y mitad y que salvo la vestimenta negra sobre la que relucía nos haría evocar en Don Gonzalo al Cigala.

Después de instalarse se ausentó un par de meses y regresó con un séquito aparatoso. Un coche tirado por seis mulas, ocho mulas más cargadas de enseres y seis criados de tez oscura como los de la anterior visita, también montados en mulas. Don Gonzalo montaba un magnífico caballo alazán.

Estos, fueron los últimos indios que se vieron en Bujalance hasta finales del siglo xx.

Todos se aposentaron en la casa previamente comprada. En el coche venían dos mujeres. Una joven, bajita y poca cosa, de rostro aindiado y con una pata chula, quizá de polio, si es que en aquel tiempo existía esa enfermedad. La otra también tirando a india pero alta y vistosa y muy guapa.

Después se supo que la muchacha bajita era la hija de Don Gonzalo. Se llamaba Doña Clara Salazar Cusicanqui y su madre fallecida hacía catorce años tras el parto era Doña Isabel Cusicanqui Pucallpa de familia peruana ennoblecida al estilo del Inca Garcilaso por su pertenencia a la aristocracia incaica. La otra mujer, cuyo nombre no consta, asistía a Doña Clara y a Don Gonzalo, aunque de forma diferente, claro está.

En esta segunda estada, que duró más de cuatro meses, la gente del pueblo se enteró del motivo que había traído a Don Gonzalo a España, pero esto lo contaré más luego.

Entre los vecinos cayó muy bien, sobre todo por su liberalidad, ¡Que cantidad de dinero manejaba aquel hombre!, ¡Y como lo gastaba! También gustaron su bonhomía y sus buenos modales

A los bujalanceños les maravillaba que hablara un castellano más puro que el que ellos usaban y con un deje cantarín muy grato al oído. Debo decir que lo que afirmo en los últimos párrafos son, no sé si bien fundadas suposiciones mías, pero cuadra con lo que su antepasado dejó dicho respecto al dinero: la fortuna es para ganarla y gastarla. Con relación a los modales venía a decir con otras palabras lo que el presidente Theodore Roosevelt: cuando discutas con alguien habla con suavidad pero lleva un gran bastón en la mano. Y sobre la forma de hablar dice “hasta a mí se me está pegando esta forma suavona de hablar que tienen los indios”.

En los meses que duró su segunda estancia en Bujalance, metió a su hija en el recién estrenado convento de las Carmelitas, con una dote regia que se incrementó con posteriores inyecciones de dinero que podrían llevar a Clarita a convertirse en superiora del convento.

Allí, pensaba Don Gonzalo, estaría recogida y bien atendida, y parecía ser, que lo de monja era su vocación. Si en vez de eso hubiera decidido casarse, habría bastado una ligera insinuación para que le salieran más de una docena de pretendientes a los que no les habría importado que fuera fea y cojita.

En esos meses también tuvo tiempo para explicar los motivos por los que había regresado a España desde el lejano Perú donde había nacido y en el que estaba formidablemente situado.

El oro que había traído y que tan generosamente gastaba, suponía solo una parte pequeña de la inmensa fortuna acumulada a lo largo de seis generaciones desde el segundo tercio del siglo XVI.

Los cimientos de esa fortuna fueron establecidos por el iniciador de su estirpe y verdadero protagonista de este relato, Don Pedro Salazar Castilla, Adelantado de Bujalance y de España en Perú.

Además de su fortuna, Don Gonzalo había dejado en el Perú tres hijos varones, por lo que no le preocupaba la continuidad de su apellido. Lo que sí absorbía todos sus pensamientos era el conseguir que el rey le reconociera el título de Adelantado que Francisco Pizarro otorgó a su antepasado. Este otorgamiento no fue solamente verbal sino que constaba por escrito en un historiado pergamino con la firma de Pizarro,(parece ser que Don Francisco Pizarro Había aprendido a escribir su nombre), y dos testigos al pie.

El pergamino se lo había traído Don Gonzalo y lo guardaba como oro en paño, pero se lo enseñó a algunas de las personas que trató en Bujalance. En este documento se reconoce la precedencia temporal y espacial de Don Pedro Salazar en el Perú, su intervención decisiva en la conquista y su fidelidad sin fisuras a Pizarro.

También traía Don Gonzalo un grueso legajo que contenía lo que Don Pedro había dictado a un secretario en el que refería los avatares de su azarosa vida y sus consideraciones sobre el mundo y los hombres.

Aquí me voy a permitir una pequeña digresión. Lo que cuenta Don Pedro es una odisea igual o superior a la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. A esas aventuras hay que añadir su participación en la conquista y en la guerra civil contra los de Almagro. Con un material como ese y un nombre anglosajón serían incontables las novelas en inglés que se habrían escrito y publicado y más incontables aún las películas que en Hollywood se habrían rodado. Basta con ver que a un manta como el general Custer le han dedicado siete u ocho.

Siguiendo con nuestra historia, Don Pedro fue un personaje en Perú, pero él habría querido serlo en España. No pudo conseguirlo y murió allá. Sus hijos y nietos no parecieron inquietarse por eso. Bien situados, se dedicaron a aumentar su ya sustanciosa fortuna. Pero, cosa curiosa, cinco generaciones después, uno de sus descendientes se acordó de la Madre Patria, del título de su antepasado y del cambio de dinastía que se había producido en la monarquía española, y decidió regresar a España para que el rey le reconociera ese título que Francisco Pizarro en nombre del Emperador Carlos otorgó a su antepasado. Contaba con la buena disposición del monarca tras haber ganado la guerra de sucesión a la corona española frente a su rival austríaco. Quería que todo el mundo supiera que su antepasado fue el primer español que había pisado el Perú.

2. Historia de la buena

En el Imperio Español empezaba a no ponerse el sol, pero el hambre y la pobreza siempre estuvieron con nosotros. La única exportación masiva en nuestros siglos de esplendor, aparte del azogue de Almadén para extraer el oro, fue la de españoles, sobre todo varones, buscando esa riqueza imposible de alcanzar en nuestra patria. También exportamos mujeres, aunque en menor cantidad. Pasando el tiempo además de personas hemos ido exportando otras cosas, pero eso de que la gente emigre se ha mantenido hasta bien avanzado el siglo xx y parece ser que en el xx I estamos volviendo a las andadas.

Uno de los que emigraron fue Don Pedro Salazar. Entonces no anteponía el don a su nombre, ya que era solamente un niño hambriento y analfabeto con una caterva de hermanos de ambos sexos igualmente hambrientos y analfabetos.

La primera etapa de su viaje fue de Bujalance a Sevilla, el puerto que monopolizó desde el principio el tráfico con las Indias.

Tenía catorce años, mucha hambre y muchas ganas de labrarse un futuro. Dejó detrás a su madre y a varios hermanos y hermanas menos atrevidos. Su padre había fallecido unos años antes.

Cuando Don Gonzalo regresó a Bujalance no quedaba rastro de ellos ni de sus posibles descendientes.

Unos meses después de llegar Pedro a Sevilla, donde vivió de la mendicidad, de la sopa de algún convento y de hurtos ocasionales, lo cuenta él en sus, digamos, memorias, se embarcó de grumete en un barco de la flota que se dirigía a Cuba. Esto fue en 1516 o 1517. En Cuba estuvo dos o tres años de los que no cuenta nada. Al fin se enroló en la expedición de Pánfilo de Narváez que fue a México a detener a Cortés. Ya sabemos cómo fue aquello. Una vez conquistado México, Cortés envió a Juan de Grijalva, que ya había hecho una expedición a Yucatán, a otra misión por Centroamérica. La empresa fue un desastre. En lo que hoy es Honduras murieron Grijalva y el resto de los expedicionarios. No hubo supervivientes. Ningún español regresó a México. Pero Pedro sí sobrevivió. Según dictó él al amanuense que recogió la historia de su vida, una india se compadeció o se enamoró de él y le curó las heridas y lo cuidó. A partir de entonces vivió con los indios como uno más. Bueno, no como uno más, pues apenas se familiarizó con los usos de esa tribu y se sintió con fuerzas huyó hacia el sur. Su huida no fue lineal ni en el tiempo ni en la distancia. Pasaba una temporada solo y otra en compañía de tribus que encontraba en su camino. Su progresión hacia el sur estaba animada por la leyenda de Eldorado, leyenda que además de a él sedujo a muchos españoles de su tiempo. El trayecto que recorrió suponen tres mil kilómetros en línea recta, pero a pie y por tierra son más de cinco mil.

Durante el viaje aprendió una docena o más de dialectos indígenas. No se asombren, cuando un bujalanceño sale listo no hay quien lo supere. De esta forma llegó al Perú y también aprendió a hablar la lengua quechua.

Cuando Pizarro llegó a Tumbes allí estaba Pedro. El extremeño no salía de su asombro cuando oyó a un indio hablar castellano, y cuando supo que quien le hablaba no era indio su asombro llegó al límite.

Fue Pedro quien informó a Pizarro del enfrentamiento entre Atahualpa y su hermano Huáscar. Después vino el encuentro con el Inca Atahualpa en Cajamarca. Este encuentro lo facilitó Pedro con sus oficios de truchimán entre indios y españoles. En la encerrona subsiguiente al encuentro que culminó con el apresamiento de Atahualpa, también metió mano nuestro paisano Pedro.

En los años que siguieron, durante la conquista del Perú y en los enfrentamientos entre españoles almagristas y pizarristas, Pedro Salazar ya despojado de ponchos y taparrabos y con coraza incorporada para las ocasiones, se decantó por Pizarro y le fue fiel hasta su muerte e incluso después. Apostó por el caballo ganador y le resultó muy provechoso. Tan provechoso que se convirtió en uno de los hombres más ricos del Perú, aunque su caballo ganador, mentor y padrino muriera asesinado.

Con toda su facilidad para las lenguas seguía sin saber leer ni escribir, pero eso no le impidió convertirse en Don Pedro y tener a sus órdenes una tropa de bachilleres y leguleyos que habían ido llegando a Lima al rebufo de la conquista.

Solamente le faltaba casarse y lo hizo con una española, una de las primeras en arribar al Perú. No era de familia noble, de serlo no habría salido de España, pero si no podía presumir de blasones, sí podía hacerlo de pertenecer a la crema de sitios tan selectos como El Perchel, El Palo o la Plaza del Potro, y solo la circunstancia de ser española en Perú ya era un título de nobleza. Había que sumar a lo anterior, que, según los cánones de la época y los actuales, estaba buenísima.

Don Pedro, a lo largo de su agitada vida había fornecado lo suyo, pero se había dedicado más, primero a sobrevivir y luego a combatir y a la política. Por supuesto no había conocido de forma bíblica a ninguna mujer blanca. Más todavía, llevaba sin ver a una desde los quince o dieciseis años hasta los más de cuarenta que tenía.

No le apetecía mucho casarse, pero según su delicada y sutil forma de expresarse, tenía muchas ganas de catar carne blanca, y como Clarita, Doña Clara después, además de muy guapa era muy graciosa y se las sabía todas, como también decía Don Pedro, se lo llevó al huerto y logró que se casara con ella.

En lo de sabérselas todas, Don Pedro le confesó a su secretario, a quien consideraba hombre de total confianza, que su esposa Doña Clarita había aprendido a dar “los besos de colibrí” que hasta entonces solo había recibido de alguna india. Creía que ninguna dama española _ ni plebeya _ había hecho eso, ni lo haría nunca aunque supiera cómo era la cosa.*

* Nota.

Esta técnica erótica consiste en que la mujer recorre el cuerpo del varón a golpes de párpados. Requiere unas largas y tupidas pestañas, un buen sentido del ritmo y un conocimiento de las zonas más sensibles del cuerpo del receptor de la caricia.

Todo indica que esta técnica es de origen sudamericano, pues ni el Kamasutra ni los manuales sobre prácticas amoratorias que circulaban por los harenes de los sultanes y magnates morunos y otomanos la mencionan.

Don Pedro tuvo un único hijo, Gonzalo, pues Doña Clara no estaba por la labor de ser coneja de cría. Aparte de los engorros y peligros que acarreaban la preñez y el parto, estropeaban mucho la figura que era lo que tenía a Don Pedro más pendiente de ella y le impedía que él se enredara en más aventuras indianas.

Todo esto lo sabemos, repito, por las confidencias de Don Pedro a su escribiente.

Gonzalo, el hijo de Don Pedro, llegó a la edad adulta cuando ya estaba organizado el virreinato y había funcionarios y altos cargos procedentes de la Madre Patria que habían ido al Perú con sus esposas y habían tenido hijos allá, con lo que había donde elegir.

Don Pedro, a pesar de sus hazañas y de los servicios prestados a la Corona no fue recompensado con un puto título de nobleza a diferencia de otros conquistadores y administradores.

Lo mismo les pasó a sus descendientes, que eran muy ricos pero no pasaban de ser simples hidalgos. Por eso el Don Gonzalo que regresó a España optó por ennoblecerse por vía matrimonial casándose con una india cuya familia añadía a la nobleza inca la nobleza española como he dicho páginas atrás. En esa aristocracia india ya se habían producido cruces con españoles, un mestizaje que ninguna otra potencia colonial europea practicó.

Curiosamente Don Gonzalo no menciona el título de su difunta esposa, por lo que no se sabe si era ella o uno de sus hermanos quien lo ostentaba. El caso es que le dio tres hijos varones y una niña que fue la que vino con él.

La muchacha tuvo mala suerte desde antes de nacer. Su madre tuvo un mal embarazo y un mal parto a consecuencia del cual falleció dejando una criatura débil y enfermiza a la que su padre sin embargo profesaba un cariño superior al que tenía a sus hermanos pero que no podía rebasar la intimidad familiar. El mundo entonces era más de los hombres que ahora.

La chica a medida que se iba haciendo mayor se volvía cada vez más mística y devota. Pasaba el día rezando y leyendo vidas de santos, sin salir de casa nada más que para ir a la iglesia. Este proceso de santificación de la joven coincidió con la obsesión de Don Gonzalo por ennoblecerse y las dos cosas fueron determinantes en la decisión de regresar a España.

Don Gonzalo se dijo: Vuelvo, meto a mi hija en un convento, porque si hablamos de conventos los mejores están en España, y yo me acerco a la Corte para que el rey me reconozca el título de Adelantado que ya consiguió mi antepasado. De esta forma mi familia se ennoblece y encima cuenta con una santa, con lo que no se puede pedir más.

Esta manera esquemática y caricaturesca de contar la cosa no está muy alejada de los motivos reales que determinaron la actuación de Don Gonzalo.

3. Sobre ratas de biblioteca

Desde niño me han gustado las bibliotecas. En Bujalance tenía dos a mi alcance, la Municipal y la de la Juventud Artesana. Y desde niño, salvando la distancia de edades databa mi amistad con Antonio López Torres “Lopecillo”, archivero y bibliotecario municipal.

López me dejaba leer “libros para mayores” y me explicaba su trabajo en el archivo. Una parte de su trabajo, que no cobraba, consistía en poner en caligrafía actual (debe resultar sorprendente hablar de caligrafía en la era digital) los documentos del archivo municipal para que los universitarios que tuvieran que hacer algún trabajo, o para que quien quisiera investigar no tuviera que quemarse las pestañas y la paciencia lidiando con aquellos viejos papelotes.

Sus piezas preferidas eran un documento con la firma del emperador Carlos Primero “Yo el Rey” del que no me acuerdo sobre que trataba. Otro, el legajo que Don Pedro El Adelantado dictó a su secretario, que refería todo lo que hasta aquí se ha venido contando y más cosas.

Hablamos mucho sobre el asunto. Yo le decía que lo hiciera público y él me contestaba que, ni la gente se interesa por la Historia, ni el ayuntamiento tenía presupuesto ni ganas para eso.

De ese legajo yo fui copiando partes con los datos más interesantes. En realidad lo copié casi todo, a la manera torpe de los catorce años que tenía entonces y omitiendo expresiones de la época del documento que no entendía o modificándolas para que se me hicieran más inteligibles.

Al legajo de Don Pedro se añadían otros papeles escritos por el secretario del ayuntamiento de cuando Don Gonzalo vino a Bujalance, con detalles sobre él y su ascendencia y sobre lo que hizo durante su estancia en el pueblo, sobre sus

servidores y su hija y sobre sus intentos de ennoblecimiento en un futuro cercano, que es lo que he venido contando.

De todos estos documentos no he podido encontrar ahora los originales en el Archivo Municipal.

Todo esto me obliga a terminar de forma abrupta esta historia y a partir de puras suposiciones y no de datos documentales que es lo que sería pertinente.

Don Gonzalo marchó a Madrid en el otoño de mil setecientos quince con su séquito de servidores y con su asistenta personal. Hizo dos envíos más de dinero al convento, aunque en el registro de donaciones no figura su nombre. Supongo que son tuyas porque nadie en el pueblo tenía ganas, motivos, ni mucho menos recursos para hacer donativos tan generosos.

A partir de aquí no hay ninguna mención de él en el pueblo. En cuanto a su hija, consta el fallecimiento de una monja joven, sor Teresita, Clara en el siglo, de la que no se dicen sus apellidos, en marzo de mil setecientos dieciséis de una pulmonía o un garrotillo.

De Don Gonzalo no se sabe nada desde su partida de Bujalance a Madrid , y por lo que se ve, sus pretensiones de ser reconocido como Adelantado no se realizaron.

Sí consta en los anales del puerto de Cádiz un embarque de un grupo numeroso de personas en la flota que a comienzo del verano de mil setecientos diecisiete partió para Cuba.

P. S. Me gustaría que alguien con más preparación que la mía, más tiempo y más suerte, volviera a investigar sobre este tema.